

Escrito por: elgrancochino

Resumen:

Una aventura m´s con el cura de mi pueblo.

Relato:

El cura y yo II

Después de mi boda, mis visitas a la iglesia se hicieron cada vez m´s frecuentes. Si antes iba sélo los domingos, desde que tenía mujer iba por lo menos dos o tres veces a la semana y, si no hubiese sido porque tenía que trabajar, no me hubiera importado visitar la casa de Dios todos los días. Y a mi querida esposa tampoco, ella era feliz de que viviese la fe de su misma manera. Le encantaba apremiarme para que visitase al cura del pueblo cuando tenía tiempo libre y yo, encantado de lo buena que era, le daba un tierno beso en la mejilla, le decía hasta luego y me iba a ver a Juli´n.

Un día cuando llegué a la iglesia, Juli´n hablaba con una anciana que estaba casi siempre allí. Cuando me vio, me saludé y me dijo que le esperase dentro. Yo, como buena oveja que sigue a su pastor porque sabe que le daré de comer, le hice caso y entré. Era el atardecer del verano y el sol se encontraba bastante bajo por lo que su luz llegaba directa a las vidrieras llenando el lugar de color y otorgéndole un toque festivo ideal para lo que iba a ocurrir allí. Mientras esperaba me di una vuelta por la nave para matar el aburrimiento de la espera. Contemplé los santos que había a un lado, contemplé los que había al otro, conté los bancos y me acerqué al altar. Suspiré de aburrimiento. Juli´n aun no había recogido las ostias y el vino por lo que, teniendo en cuenta que la misa había acabado hacía m´s de una hora, llevaba hablando con esa mujer una eternidad. ¿Por qué no se iré a su casa de una vez? ¿No sabe que Dios esté en todas partes y que allí también le encontraré?

Pregunténdome cosas como esas estaba cuando oí como cerraban la puerta. Miré hacía el lugar de donde procedía el ruido y vi como Juli´n aparecía por la puerta que da a los bancos y me sonreía. Unos pocos segundos después, sin dejar de mirarme, se quité toda la ropa y quedé desnudo. ¡Menudo espectéculo para la vista! Era imposible cansarse de verlo. Se acercé lentamente hasta donde estaba yo, despreocupadamente como si fuese lo m´s natural de mundo, cogié un puñado de ostias y se las comié con glotonería. -¿Quieres unas pocas? Son el cuerpo de Cristo, seguro que te ayudan a no caer en el pecado.

-Dudo que eso pueda evitar que peque ahora mismo.- Le contesté; rechazando lo que me ofreció; a y acercándose;ndome a él.

-Menuda l´stima. Bueno, cuando hayas terminado de violar los preceptos de nuestro amado señor, me lo dices y te confieso.- Se rió; mientras estiraba el cuerpo para coger el c´liz con el vino. -As´ no ir´s al infierno.

Me puse frente a él y le miré; de la manera más lasciva que sabía. Él dio un trago largo al vino sin preocuparse de que éste se le escapase por las comisuras de la boca y le resbalase por el cuello, el pecho, la barriga y el pubis. ¡Menudo hereje estaba hecho! No pude contenerme más, me lancé; contra su boca como si el demonio me hubiese poseído, sorprendentemente sabía a galleta, y poco a poco fui limpiando todo rastro de vino. Cuando llegue a su pecho, me deleité; un ratito con cada una de sus tetillas y, como agacharme más se me hacía; incomodo, le cogí; por la cintura y lo levanté; hasta que quedé; sentado en el altar. De esa manera ya podía; seguir con lo más; tranquilamente. Luego; lo que quedaba del rastro de vino lentamente, deleité;ndome con el sabor de Cristo, hasta que llegué; al ombligo, que besé; con cariño. Me incorporé; hasta que nuestros ojos quedaron a la misma altura, nos miramos y le empujé; suavemente en los hombros para que se tumbase en el altar.

Se dejó; hacer y yo me dispuse a hacerle algo que nunca antes le había; hecho. Su pene estaba duro como una roca y apuntaba como una flecha potente y orgullosa a su cara. Sin ningún; tipo de remilgo, se lo cogí; y me lo metí; en la boca hasta que mi nariz se hundió; en su bello p´bico. ¡Qué; bien ol´a! Comencé; a sac´rme la lentamente, asegur´ndome de que mis labios le rozasen toda la piel y provoc´ndole con ello estremecimientos de placer. Rozaba con mi lengua su glande, acariciaba su frenillo y la metí; a entre los pliegues de su enrollado prepucio. ¡Qué; sabor y suavidad! Me la metí; a, la sacaba y me la volv´a a meter elevando el ritmo mientras él suspiraba y gem´a cada vez más; más;. Pero no quería; que todo se acabase tan rápido; por lo que, cuando él estaba a punto de tocar el cielo, paré; y le di un besito en la punta del glande.

-Creo que bastar´ con esto por ahora.- le dije.

Se incorporó; e hizo un moh´n de fastidio, pero rápidamente; volvió; a su cara una sonrisa traviesa.

-Me toca a mí;.- Dijo antes de darme un mordisquito en la nariz.

Se levantó; y me desnudó;. Primero me desabotonó; la camisa dejando al descubierto mi torso. ¡Qué; suaves eran sus dedos! Luego me desabrochó; el pantal´n y lo dejó; caer. Me obligó; a

quitarme los zapatos y los calcetines y parô un momento para contemplar su obra. Parecía que le agradaba lo que veía porque su pene continuaba erecto, y el mío también. Después de darle el visto bueno a su obra, me quitô lo que quedaba de ropa y se colocô a mis espaldas. Podía sentir perfectamente el calor de su falo en la raja de mi culo y empecéa temerme lo que vendría después.

-Ahora apôyate en el altar- me susurrô en el oído.

Le hice caso. Me apoyé donde me había dicho con los codos flexionados y el culo en pompa. En la postura en la que me encontraba, podía contemplar claramente al cristo crucificado que presidía la iglesia y su cara, iluminada por la vidriera rojiza que había en la pared de enfrente, parecía la de una persona avergonzada por tener algún pensamiento libidinoso. No pude evitar recordar que Jesús nunca se casô y todos sus apôstoles eran varones.

Un escalofrío recorriô todo mi cuerpo cuando sentí que Julián empezaba a restregarme un dedo húmedo por el ano. Me hacía peque&os círculos, pausadamente, dejando que todo se humedeciera bien. Pronto, el dedito comenzô a hacer presiôn hasta que se metiô. Qué sensaciôn más rara, era algo incômoda pero, sin saber por qué, me daba gustito. Dejô el dedo un rato ahí, sin moverlo y, cuando ya me había acostumbrado tanto a él que ni lo notaba, repitiô el mismo proceso con otro dedo hasta que me metiô tres. Me gustaba aquello pero Julián se cansô y me los sacô todos. -Ha llegado la hora de redimirte pecador. Recibe mi sagrado cuerpo para poder ir al paraíso con nuestro amado Dios.- Dijo por todo lo alto el cura recién convertido en Mesías.

Y sin ningún tipo de vacilaciôn, como el juez cuando juzga, metiô su pene donde antes tuvo los dedos. No era muy grande, pero se notaba perfectamente su presencia y ¡Cômo me gustaba! Me sentía muy bien teniéndole a él dentro y mejor se sintiô cuando empezô a moverse. ¡Qué gustito! Nunca imaginé que se pudiese sentir tanto placer haciendo eso en ese sitio. Y él parecía disfrutar más. No podía verle la cara, pero se notaba en sus gemidos, que aumentaban de volumen a medida que él aumentaba el ritmo.

Quise tocarme, pero retirô mi mano y la sustituyô por la suya. ¡Qué sensaciôn! Nunca antes había sentido tanto gusto. Oleadas de placer como corrientes eléctricas inundaban mi cuerpo y se hacían más intensas cada vez que me embestía. Me sentía en el paraíso, lleno y en comuniôn con

el mundo. Juli´n gemía como nunca antes lo había hecho. Su ritmo se volvi´ frenético hasta que, con un grito ahogado, me la clav´ hasta el fondo y la dej´ allí inund´ndome las tripas. ¡Qué placer! Eso fue lo que colm´ el vaso y ya no pude contenerme m´s. Me corrí yo también, de una manera brutal pringando sus manos con mi semilla. Pero él no par´ ahí, bombe´ durante un pequeño rato m´s hasta que se cans´ y qued´ tumbado sobre mi espalda.

No me la sac´, me la dej´ dentro hasta que su circulaci´n se relaj´ y sali´ por ella misma. Los dos nos incorporamos y comenzamos a vestirnos cuando, de repente, oímos los chirridos de las bisagras y el golpe de la puerta que se cierra. Nos miramos el uno al otro.

-Alguien nos ha visto- Susurr´ Juli´n asustado.

-¿No cerraste la puerta con llave?- Le pregunté incrédulo.

-No.

Los dos nos quedamos helados ante la evidente verdad. Nos habían pillado y no sabíamos quién era. Salí corriendo para intentar descubrir al espía. Llegu´ hasta la puerta, alargu´ la mano para girar el pomo y me ech´ atr´s en mi intento de descubrir quién había sido. No podía salir a la calle, aun estaba desnudo. Para cuando me hubiese vestido, encontrarle sería imposible. Volví a donde estaba Juli´n y comencé a vestirme. él hizo lo mismo.